



VENCE CON EL BIEN EL MAL

«¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en sus manos el poder! Codician campos y los roban; casas, y las toman; oprimen al hombre y a su familia, al hombre y a su heredad» (Miqueas 2.1-2).

Son palabras que podrían tomarse como un reclamo de clases sociales más bajas contra los grandes terratenientes, invocando contra ellos, al mismo tiempo, la ira de Dios. Sin embargo, son mucho más que eso. Son palabras de Dios que señalan el juicio inminente. Cuando Dios exclama «¡ay!» es porque su ira está lista para caer sobre toda injusticia humana.

Este escrito del profeta, como se señaló, es declaración de juicio divino, pero también es llamado al arrepentimiento para todo aquel que aplasta con su poder a otro. Es, así mismo, advertencia para quienes están siendo tentados a dejarse seducir por la corriente de este mundo, que enseña y empuja a competir con deslealtad y con astucia despiadada por amor al dinero. Paralelamente, estas son palabras de consuelo que revelan al Dios único que ama la justicia y que, muy por el contrario de haberse alejado de su creación, está cerca, poniéndose del lado de los que sufren, de los indefensos (de los que verdaderamente lo son). Miqueas trae alivio a quienes andan en los caminos de Dios, aunque frente al mundo se vean como gente sin salida.

Nuestro contexto social no es diferente del que le tocó conocer al profeta. No hace falta mencionar las diversas formas de opresión y maltrato que provocan tanto sufrimiento y desesperanza, sin olvidar aquellas que se producen, a «baja escala», en el ámbito familiar y no solamente en lo laboral o económico. Dios está observando y, contrariamente a lo que se piensa, no permanece pasivo. Su ira ya se está revelando contra toda injusticia de los hombres... (Ro 1.18).

La gran diferencia que existe entre nuestra situación y la de la época de Miqueas reside en que ahora hay una numerosa multitud de hombres y mujeres que hemos llegado, por la fe, al conocimiento del salvador Jesucristo. Él, siendo rico se hizo pobre, para que nosotros fuésemos enriquecidos (2Co 8.9). Por su sangre fuimos rescatados del poder del pecado. Dios nos dio así una firme esperanza que nos permite andar seguros, no poniendo nuestra mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, pues estas son eternas (2Co 4.18; Col 3.1-15).

Para nosotros las palabras de Miqueas tienen, entonces, un valor especial. A través de ese mensaje Dios nos afirma en el camino de su voluntad y nos compele a buscar alternativas, no sólo para curar las heridas que producen las injusticias, sino también para que esa voluntad de Dios sea conocida y reine la justicia. Cuando cada hijo de Dios redimido por la sangre de Cristo anuncia el evangelio y vive de acuerdo a lo que él nos ha señalado, entonces el reino de Dios se acerca. Es preciso que los que manifestamos creer en Jesucristo nos esforcemos por vivir en el amor que él nos enseñó. Haciendo esto estaremos cumpliendo con la misión y muchos más serán salvos por su gracia. Por tanto: «Mantengamos firme la esperanza que profesamos, porque fiel es el que hizo la promesa. Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca» (He 10.23-25).

Damián Jorge Fischer